



Número 59 - Primavera 2022

LA BATALLA DE TALAVERA DE LA REINA (1809)

EL CAUDILLO
FELIPE ÁLVAREZ

EL CORONEL BENAVENTE
y la SORPRESA de SAN NICOLÁS

EL GRAN SARAIO de 1812

Gaceta digital LA NUEVA AURORA DE CHILE - INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS GENERAL JOSÉ MIGUEL CARRERA

Representante legal: José Miguel Alcalde Undurraga / Director: Alberto de la Carrera Díaz / Director Editorial: Cristian Salazar N.

Av. Francisco Bilbao 4509, La Reina, Santiago de Chile / josemiguelcarrera.cl / contacto@josemiguelcarrera.cl



institutojmcarrera



jcarreraverdugo



institutocarrera



José Miguel Carrera

27-28 de julio de 1809

GRAN BATALLA TALAVERA DE LA REINA

(Extracto de “Historia de España en el Siglo XIX”, obra póstuma de don Francisco Pi Margall, 1902)

Octavio Campusano Tapia
 Director del Instituto de Investigaciones Históricas José Miguel Carrera

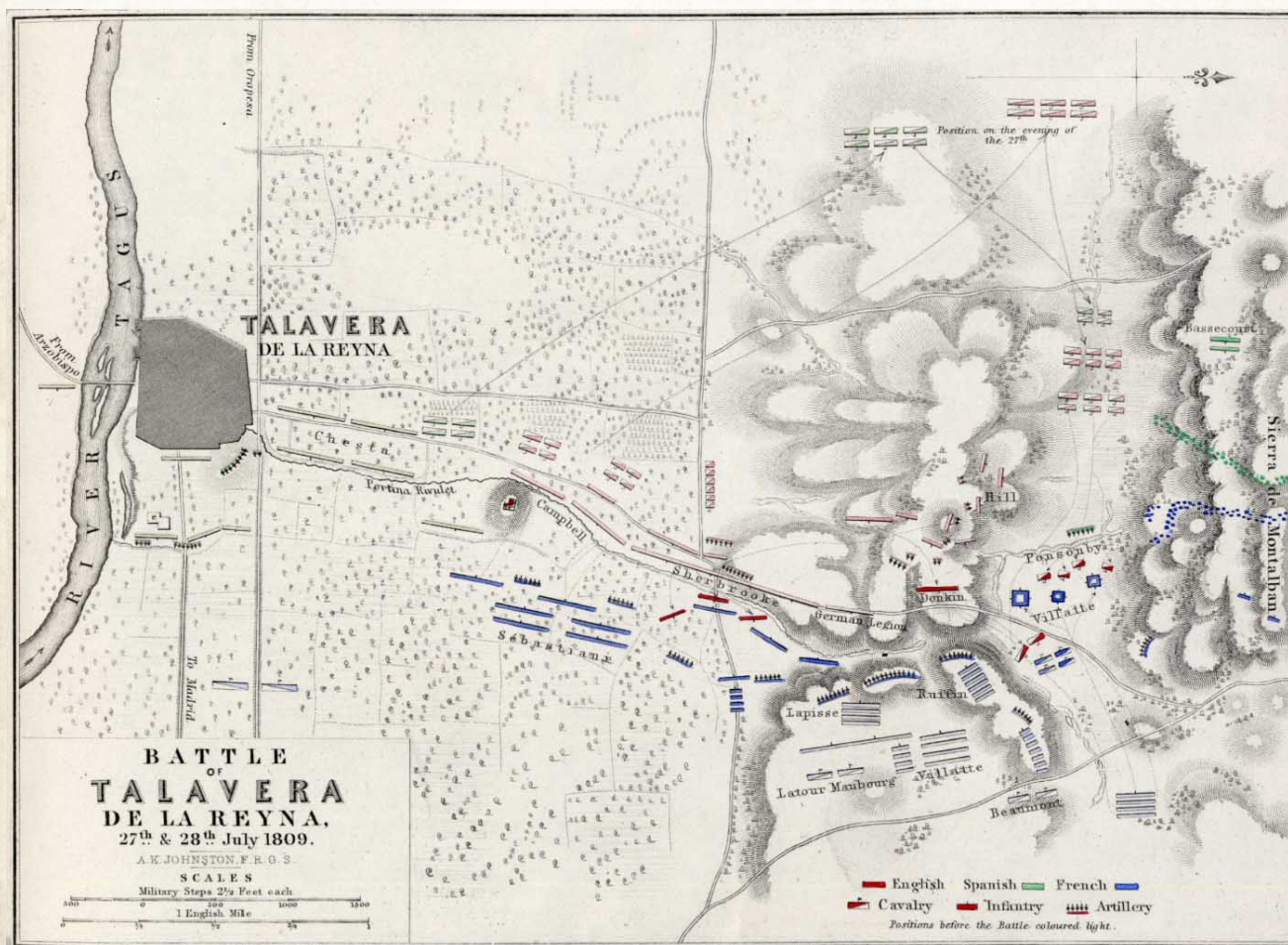
Al fin se aproximó el momento de librar una gran batalla. Estaba Wilson en Navalcarnero y le ordenó Wellesley que retrocediera a Escalona.

Wellesley estableció sus posiciones en el terreno que desde Talavera se extiende cerca de una legua hasta el cerro de Medellín.

Componían el ejército español cinco divisiones de infantería, dos de caballería, la reserva y la vanguardia. Mandaban respectivamente estas fuerzas el Marqués

de Zayas, don Vicente Iglesias, el Marqués de Portugal, don Rafael Manglano, don Luis Alejandro Bassecourt, don Juan Henestrosa, el Duque de Albuquerque, don Juan Berthuy y don José de Zayas. En total unos 34.000 hombres. Los jinetes eran 6.000. El ejército anglo-portugués daba un total de 22.000 combatientes repartidos en cuatro divisiones a las órdenes de Sherbrooke, Hill, Mackenzie y Campbell.

Los franceses contaban una fuerza de 45.000 hombres, compuesta por los cuerpos de Sebastiani, Víctor y José.



Mapa de la Batalla de Talavera de La Reina el 28 de julio de 1809.

A la una de la tarde del día 27 llegaron las columnas francesas a las alturas de Salinas, izquierda del Alberche desde las cuales les impedían descubrir las maniobras de los ejércitos aliados, olivos y moreras. Conocía Víctor el terreno y fue el encargado por José de franquear el río con la primera división. Cayó tan de repente esta división sobre la torre llamada de Salinas, posición del General Mackenzie, que se produjo en la división inglesa confusión tal, que no sin trabajo, pudo contenerse. El propio Wellesley corrió peligro de ser hecho prisionero.

Siguieron los demás cuerpos franceses su avance, comenzando el ataque poco antes del anochecer con un fuerte cañoneo y una carga de caballería sobre la derecha, defendida por los españoles. Cieron algunos batallones y algunos soldados españoles e ingleses huyeron hasta Oropesa. El fuego de artillería logró contener el desorden y tener en respeto al enemigo.

Contra la izquierda, el cerro de Medellín, en que se alojaba Hill y que constituía la llave de la posición de los aliados, se dirigieron las divisiones de los Generales Ruffin y Villate. Acometieron la posición los franceses con impetuosidad, sin que les detuviera el estorbo de tener que cruzar el hondo cauce de Portiña, extendido a la falda del cerro. A su cima llegaron; pero Hill consiguió con una brillante carga, recuperar la altura. Un intento, ya de noche, del General Lapisse contra la derecha de los aliados resultó infructuoso.

Aún pasada la media noche, una falsa alarma produjo un vivo tiroteo de ambas partes.

Talavera de la Reina, actual plano donde se realizó la batalla.

Amaneció el 28, y otra vez acometieron los franceses el cerro. Hill fue herido. La división Lapisse dejó tendidos en el campo 1.500 hombres. La lucha fue, como se ve, empeñada pero no decisiva. Volvieron los franceses a sus puestos y estuvo suspendido el combate desde las nueve de la mañana hasta las dos de la tarde. Aprovechó este intervalo Wellesley para reforzar en cuanto pudo sus posiciones.

En este intermedio, dice un historiador, bajaron “sin ofenderse, los soldados de ambos ejércitos a apagar en el arroyo del Portiña la sed ardiente que les causaba lo muy bochornoso del día”.

¡Pobres soldados! ¡Qué cosas hubieran podido decirse al hallarse juntos, al ser otra su cultura! ¿No pensarían, al apagar juntos la sed, en lo triste que es reñir y matar, muchos sin odio siquiera, todos en definitiva sólo por servir ajenos intereses?

También José tuvo en qué aprovechar las horas de calma. Dudoso de si le convenía o no continuar la batalla consultó a Jourdan y a Víctor. Jourdan fue partidario de no continuarla cuando menos hasta que pudiese Soutt cooperar a su éxito tomando por Plasencia la retaguar-





En la Batalla de Talavera de la Reina combatió el capitán chileno José Miguel Carrera bajo las órdenes del Duque de Albuquerque, obteniendo la Medalla de Talavera por su gloriosa actuación. En la foto, la medalla original que se encuentra en el Museo Militar de Toledo.

dia a los aliados. Víctor no sólo se mostró contrario a este parecer, sino hasta dijo que si el Rey quería atacar la derecha y centro enemigo con la cuarta división, él se comprometía a desalojarle del cerro y añadió que esto no se conseguía con tropas como las suyas, era preciso renunciar a hacer la guerra.

Es seguro que José entendía más acertado el consejo de Jourdan pero temeroso de que se pudiese achacar algún día a su falta de resolución el fracaso de la empresa, se decidió por la opinión de Víctor. Contribuyó también - no poco - a decidirle en este sentido, una carta de Soult que recibió precisamente en aquellos momentos. Soult le anunciaba que no podría llegar a Plasencia hasta el 3 o 5 de agosto.

Reanudado el ataque, batiéronse ambos ejércitos con denuedo. Jugó la artillería de los aliados, en esta segunda parte del combate de aquel día, más aún que en la mañana y el día anterior. Retiráronse en confusión los franceses, avanzaron los aliados y los rechazaron aquellos. Pusieron ahora sobre todo empeño los franceses en batir el centro de sus enemigos y apoderarse de la batería de un reducto que lo defendía. No lo consiguieron. Su último esfuerzo se encaminó a colocarse entre ingleses y españoles. Franqueólos una primera línea más avanzada de los nuestros y los acribilló una batería que mandaba don Santiago Piñeiro. Una carga de caballería dada por el regimiento español del Rey a las órdenes, primero de su Coronel don José María de Lastres; y después de herido éste, de su Teniente don Rafael Valpanda, acabó de desbaratar a los que intentaban aislar entre sí a las fuerzas aliadas. En este ataque perdieron los franceses diez cañones.

Al mismo tiempo, Ruffin y Villate atacaban sin éxito el cerro de Medellín.

Momento hubo, sin embargo, en que estuvo para los aliados comprometida la batalla, pues atacado Sherbrooke por Lapisse, se desordenó su fuerza en términos

de que sin un refuerzo enviado por Wellesley a tiempo, hubiese quedado roto el centro. Rehechos los aliados, fueron los franceses furiosamente acometidos. Al amparo de los fuegos de su artillería emprendieron la retirada. Esta retirada fue luego objeto entre los Generales Víctor y Sebastiani de no pocas réplicas.

Tuvieron los franceses 944 muertos, 6294 heridos y 156 prisioneros. Además perdieron 16 cañones. Los ingleses entre los muertos, heridos y prisioneros, 6268 bajas. Los españoles perdieron 1200 hombres. Entre los muertos franceses hubo un General, el General Lapisse, y entre los heridos un General de Brigada y ocho Coroneles.

Los ingleses perdieron dos Generales, Mackensie y Langworth.

Entre los heridos españoles se contó el General Manglano.

La victoria correspondió, sin duda, a los ejércitos aliados. ¡Pero qué victoria!

Una victoria que les costó 7468 bajas.

Tal fue el resultado de la Batalla de Talavera de la Reina.

Y aún, sin duda, no satisfecho con la sangre vertida, se condujo el General Cuesta bárbaramente. Empeñóse en castigar a los batallones que el día 27, al comenzar el ataque, flaquearon, se desordenaron y resolvió que se los diezmará. 50 hombres iban ya sacrificados cuando consiguió el General inglés aplacar el furor

Monumento a la Batalla de Talavera, conocida por los talaveranos como “El Monolito”. En la foto, el Presidente del Instituto don José Miguel Alcalde Undurraga.

sanguinario de Cuesta, cuya conducta había sido, en más de una vez, dudosa.

Premiole, sin embargo, la Junta que concedió, a consecuencia de la Batalla de Talavera, diversas recompensas a los caudillos españoles, con la gran cruz de Carlos III. Premió la Central a Sir Arturo Wellesley nombrándole Capitán General.

Se otorgó al Húsar José Miguel Carrera Verdugo la medalla al valor Gran Batalla Talavera de La Reina, 28 de julio de 1809.

El gobierno inglés, al General Wellesley, le dio el título de Vizconde de Wellington.



FELIPE ÁLVAREZ, el caudillo de Fraile Muerto: A 200 años de su fusilamiento

César Luis Cabanillas

El nacimiento de los caudillos.

La caída del imperio español a principios del siglo XIX, marcó entre otras cosas, el derrumbamiento de la estructura política-institucional del sistema colonial en toda Hispanoamérica. La ausencia de un gobierno central fuerte, generó un vacío de poder, que trajo como consecuencia guerras civiles e interprovinciales.

Este contexto fue el indicado para el surgimiento de los caudillos, como líderes carismáticos, políticos, militares e ideológicos, capaces de encarnar los intereses de las regiones que representaban y defender la autonomía de éstas ante el centralismo porteño, legitimando así su liderazgo ante amplios sectores populares.

do así su liderazgo ante amplios sectores populares.

Muchos de estos caudillos representaban grandes territorios que habían sido parte de la jurisdicción de las ciudades del virreinato. Pero al mismo tiempo, en las pequeñas aldeas y villas surgieron “caudillos menores”, con similares características que estos.

Este último fue el caso de don Felipe Álvarez, caudillo de Fraile Muerto por lo tanto del sudeste cordobés.

Los orígenes de Álvarez

Felipe Álvarez era nativo de Fraile Muerto, y se estima que nació alrededor de 1760, ya que por la década de

Mendoza del siglo XIX, en obra de Anton Goering. Fuente imagen: sitio de arqueología urbana de Daniel Schávelzon.



1810 varios testimonios se referían a él como el “viejo”. Según cuenta el Ing. Agustín Villarroel en su obra “Córdoba y Bell Ville en la historia de la patria”:

El comandante Felipe Álvarez [...] pertenecía a familia de arraigo, emparentado con los Álvarez de Arellana, los Álvarez de Villa del Rosario y otras del lugar, cuyo apellido se conserva en Bell Ville, pues fue casado y dejó varios hijos.

Militar y político

Álvarez era un militar con amplia experiencia, pues, como sostiene Villarroel:

Había servido en la causa emancipadora y en los fortines de El Sauce y Las Tunas donde conquistó sus primeros ascensos. Era de una bravura exaltada y terrible en la pelea, sin que le faltara capacidad militar intuitiva, condiciones que le abrieron un amplio porvenir en la milicia.

Su vida política no solo comprendió las armas, sino que en 1814 el Gobernador Intendente de Córdoba del Tucumán, D. Francisco Xavier de Viana y Alzáybar, lo designó como Juez Pedáneo del Partido de Fraile Muerto. Cargo que Felipe Álvarez abandonó para sumarse a la causa federal de Artigas entre fines de 1817 y principios de 1818, en un contexto provincial en el que el caudillo oriental ganaba adhesiones entre referentes de distintas regiones de la provincia. Lo hizo junto a su hermano y su hijo Pedro, acompañados por 100 milicianos e indios de lanza amigos. Con los que recorrió toda la campaña cordobesa, tratando de ganar adeptos y combatiendo al Directorio. Se debe decir además que, colaboraba activamente con el gobernador de Santa Fe, Mariano Vera y luego con su sucesor Estanislao López, tanto en el apoyo militar como en las comunicaciones.

Con la caída de Artigas en Tacuarembó en enero de 1820, el mapa político de Córdoba se modificó, y sus seguidores locales se dividieron en distintas líneas. Una de ellas adhirió al General Juan Bautista Bustos, quien en marzo de 1820 asumió como gobernador de la provincia. Felipe Álvarez en un primer momento se integró a sus filas, por lo que el nativo de Frayle

Muerto, fue designado por el primer mandatario cordobés como diputado constituyente por el Curato de Río Tercero. Cargo que no asumió ya que cedió sus poderes al Dr. José Roque Funes; por ese entonces Felipe Álvarez se había unido junto a su milicia al caudillo chileno José Miguel Carrera, por razones que aún se desconocen.

Carrera le otorgó a Álvarez el grado de Coronel y a su hijo Pedro el de Capitán. Con ellos marchó hacia la zona de cuyo. Allí, quedaría trunca su empresa militar, tras ser derrotados en Punta del Médano (San Juan), el 31 de agosto de 1821, a manos del coronel José Alvino Gutiérrez. Aunque lograron escapar luego de la contienda, el cordobés Manuel Arias los traicionó junto a un grupo de soldados, los entregó al enemigo.

En la ciudad de Mendoza, el 3 de septiembre de dicho año fueron enjuiciados a instancias del gobernador Tomás Godoy Cruz: Felipe Álvarez, José Miguel Carrera y el cabo Monrroy, a quienes se condenó a muerte. El fusilamiento se produjo al día siguiente en la Plaza Mayor de la ciudad. Luego de la ejecución, Godoy Cruz ordenó mutilar los cuerpos, cuyos restos se colocaron a la vista de los ciudadanos en diversos lugares públicos, para escarmiento de quienes hubieran querido imitarlos.

La cabeza de Álvarez fue enviada a su pueblo natal, Frayle Muerto, la que se expuso en una pica en la plaza del pueblo durante cuatro meses.

Referencias bibliográficas:

- González, J. E. y Testa, L. (2001), *Actuación y perfil del Caudillo de Fraile Muerto Don Felipe Álvarez*, Cuaderno de Historia N.º2 año 2001, Bell Ville: Diseño Gráfico, p.45.
- Ing. Villarroel, A. J., (1976), *Córdoba y Bell Ville en la historia de la patria*, Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, Dirección General de Publicaciones, p.161.
- Ferrero R. A, (2011), *Los Caudillos Artiguistas de Córdoba*. Córdoba. Ediciones del Corredor Austral.p.117, p.119 y p.122.

SORPRESA DE SAN NICOLÁS: Bizarria del Coronel José María Benavente

Nelson Arzola

Cuando hablamos de valentía, gallardía y valor de los antiguos héroes militares Chilenos, siempre salen inevitablemente a la palestra los que de alguna manera están en nuestra enseñanza e inconsciente, no es necesario nombrarlos para saber quiénes son, basta dar un paseo por la Alameda y ver quiénes son los que históricamente les han elevado pedestales y monumentos ecuestres en los jardines de nuestras plazas públicas y barrio cívico. Esta vez tomaremos un trozo del relato de las campañas de Carrera en Argentina, en las que se logra abrir paso a través de feroces y cruentas contiendas en la pampa, para poder así llegar a Chile. Entre estas batallas, la llamada “Sorpresa de San Nicolás”, destaca como un episodio de bravura, en la que Carrera no es protagonista esta vez.

Destacamos a uno de los más bravos y más valientes hijos que ha dado Chile, nos referimos a José María Benavente. Brillante coronel del ejército Restaurador de Carrera y capitán de caballería de los Húsares de la Gran Guardia durante las memorables jornadas de 1813-1814 en el Sur.

José María Benavente acompañó hasta los últimos momentos al General Carrera, incluyendo los últimos penosos días de calabozo en Mendoza, previos a la trágica ejecución de Carrera. Benavente a través de un hermano residente en Mendoza recibe el indulto, pero con ello su deseo de acompañar hasta el cadalso al General Carrera no se cumplió. Según Vicuña Mackenna, José Miguel previo a la salida del calabozo le encarga el cuidado de su esposa e hijos, pero al no poder éste cumplir su deseo por estar comprometido, fue su hermano Diego José Benavente quien se hizo cargo de la familia del General.

Posterior a la muerte de Carrera fue deportado a Chile

y después exiliado a Brasil por O’Higgins, volvería a Chile en 1827 después de asumir Freire el gobierno y de paso se haría cargo de la comandancia de Caballería nuevamente, expedicionando a Perú.

SORPRESA DE SAN NICOLÁS.

El 31 de Julio de 1820, el General Carrera recibía los comicios de un tratado de paz por parte del General Manuel Dorrego y el ejército de Buenos Aires, los recibe con su cortesía acostumbrada, y confiando positivamente en el paso que esto ofrecía a sus tropas y las miras futuras para su ejército restaurador para pasar a Chile, marchó con los comisionados al campamento del General, y aliado en ese entonces, Estanislao López (Gobernador de Santa Fe), a diez leguas más al norte de San Nicolás para determinar un tratado definitivo de paz con Buenos Aires.

Casi simultáneamente con la partida de Carrera de San Nicolás, se presentaba al romper el alba en el campamento de la división Chilena un soldado que venía herido, trayendo la noticia que la avanzada de Dorrego había derrotado a la escasa vanguardia que vigilaba las caballadas de la tropa.

El coronel Benavente hizo tocar el clarín de alarma, mandó ensillar los pocos caballos que alcanzaban apenas 250; montó en ellos con presteza lo mejor de su gente y formó el resto de la tropa que quedaba a pie y salió rumbo hacia la plaza de San Nicolás, haciendo volar al instante un oficial al alcance de Carrera con la noticia de la emboscada.

Apenas había tomado Benavente estas apresuradas disposiciones, cuando el enemigo se presentó en cuatro fuertes columnas, amenazando rodear la fugitiva división de chilenos. Marchaban estos confusos, llenos de

despecho y algo temerosos por esta ingloriosa sorpresa. Quizás comprendían que la derrota era un hecho antes de haber combatido y bullía en sus pechos la colera y la impotencia. El enemigo, cuatro veces superior en número, avanzaba a la persecución del ejército Chileno por la húmeda pampa.

La salvación de los chilenos se encontraba en San Nicolás, para poder así, tomar una posición más controlada de la situación y lograr presentar una defensa sobre las numerosas tropas de Buenos Aires.

Una guerrilla de unos 30 jinetes se desprendió de la columna chilena y cargó con denuedo a la más numerosa que adelantaba el enemigo, obligando a retroceder para lograr llegar a San Nicolás.

El enemigo ansioso de concluir y batir a los chilenos en terreno llano, apresuro la carga de caballería junto a tiro de pistola, pero el valor de los patriotas fue mayor. Benavente logra penetrar en San Nicolás, sin darle mucho tiempo al enemigo toma las 2 últimas calles de la plaza, estas estaban rodeadas de un ancho foso protegido con artillería, pero la superioridad numérica abrazaba la división chilena por completo y la lucha era a muerte, de esta manera el torbellino del encuentro entre ambas tropas se mezclaba en una confusión y las persecuciones de unos con otros por los puentes y brechas impedía que la artillería enemiga hiciera puntería sobre los chilenos.

Ocurrió una pausa en la contienda tocada por los clarines de ambos ejércitos para reagrupar y ordenar las divisiones. Dorrego hace girar sus divisiones en doble columna sobre los chilenos, cerrándoles el paso y escape. Benavente haciendo gala de bravura ordena los pocos fusileros y se dispone a batir hasta que el último chileno quede en pie. Los de Buenos Aires renuevan el ataque apresuradamente, temiendo que llegue Carrera y López por la retaguardia, los chilenos esperanzados de que los auxilios lleguen en tiempo necesario hacen frente al combate, sable con sable en heroica porfía.

Dos horas aproximadamente llevaba el encuentro y la esperanza de ver a los Santafecinos en socorro casi se esfumaba, todo estaba perdido.

Los soldados de Dorrego penetraban por todos los flancos en dirección a la plaza del pueblo, lugar donde el bizarro Benavente comandaba y acudía a los puntos críticos más amenazados, llevando a los suyos el aliento de sus heroicas palabras y el terror de su sable a los contrarios. “Era el León de Chile acosado por las hienas del mar del plata”, su último pensamiento era la rendición, su resolución era morir en el combate. El León iba a dar su último formidable zarpazo para salvar con gloria el honor de los incansables chilenos.

Llamó por sus nombres a los más bravos y poniéndose a su cabeza, les enseñó con el sable el camino a seguir para cumplir su última obligación: El sendero de la gloria y la muerte. El compacto pelotón junto a su coronel, se lanzaron en furioso y desenfrenado tropel por el sendero entornado, saltando el foso y atropellando la doble fila enemiga sableando y abriendo camino a través de las carnes enemigas, saliendo por la pampa en dirección al norte a reunirse con las tropas Santafecinas y el General Carrera, perseguidos por un destacamento enemigo que no pudo hacer mucho frente a las tropas chilenas y la bizarría de su Coronel Benavente.

En ese entonces el General José María Benavente tenía 35 años de edad. Había nacido en las fronteras del Bio Bio, semillero generoso de bravos, el 10 de Septiembre de 1785, y puede decirse que desde la cuna tomó la espada, porque, según la costumbre de aquella época, siendo hijo de un Jefe Militar de alta graduación, y además, por el influjo de un padrino en la corte de ascendiente como el “duque de San Carlos”, que era su tío; al nacer le dieron los cordones de cadete del ejército del rey.

El arma de caballería ha dado a nuestros anales militares sus nombres más preclaros en fama de heroicidad. El Jefe de dragones de la frontera, Andrés Alcázar; el huaso Bueras, insigne guerrillero; Manuel Jordán, que legó su nombre glorioso a su escuadrón de dragones: Allende, a quien llamó un gran capitán, su jefe, “la primera lanza de Colombia”; el malogrado Eusebio Ruiz, cuyo sable debiera ser un trofeo nacional como fuera la maza de Tucapel entre los Araucanos; Ramón Freire, el ilustre coronel de cazadores a caballo presente en

todas las batallas y de una gallardía sin precedentes. Todos han sido nombres en que el héroe y el jinete están asociados en una sola gloria.

Conspicuo entre aquellos nombres figura el de Benavente.

Pareciera aun, que su gloria fuera como gemela de la más insigne de aquellos capitanes, el inmortal Freire, de quien fue un constante y leal amigo. Contemporáneos en nacimiento, hijos de un mismo territorio, educados en la misma escuela, ambos iniciaron su vida en una senda harto distinta de la que les aguardaba más adelante para su honra y su desdicha: Freire, navegando de sobrecargo, empleado en el cabotaje de Lima, y Benavente, haciendo un comercio de pacotilla en las aldeas de la frontera.

Ambos también tomaron las armas casi a un tiempo, Freire en las fronteras de Arauco y Benavente en los auxiliares de Chile que pasaron los Andes en 1811. Después hicieron juntos las campañas de 1813 y 1814, y en la última, mientras Freire protegía la retaguardia del ejército patrio en su retirada hacia la capital, Benavente venía al mando del regimiento de la Gran Guardia (Ejército creado por Carrera), abriendo paso a su vanguardia y batiéndose con denuedo en el Quilo, en el paso del Maule, en Tres Montes y en Quechereguas.

En los cambios que se operaron en el ejército, ambos conservaron sus empleos a pesar de ser el último un decidido y ferviente Carrerino. En la República Argentina, del mismo modo San Martín ofreció a Benavente el mando de los cazadores a caballo en que tanto se distinguió Freire más tarde, y después, todavía, volvieron a encontrarse en altos puestos sin que su amistad se empañara ni el lazo que atara su destino se apartara hasta romperse por los vaivenes de las revoluciones civiles.

Era Benavente un bizarro soldado de apostura franca y marcial. Su frente alta y despoblada estaba coronada por un elevado tupé que llevaba militarmente a manera de penacho. Sus ojos pardos miraban con agrado, y a la vez con belico fuego, su nariz era pronunciada y recta, su boca grande y expresiva, su estatura esbelta y bien plantada. Cubierto de una armadura de hierro

habría parecido un antiguo héroe medieval; pero nadie era más bello imponente que este ilustre soldado cuando, montado en uno de sus favoritos caballos de batalla adiestrado para la pelea, con su nervudo brazo descubierto empuñando el corvo sable, su manta encarnada terciada sobre el pecho y la manga derecha de su chaqueta flotando desde el hombro, se le veía arengar a su tropa antes de la carga con el acento y el ademán de adalid.

Su carácter de soldado era arrogante y generoso, si bien como general y como político no tuvo más tarde un lustre del todo ileso ni una simpatía sin contradicción. Era riguroso con sus soldados, y por tanto le idolatraban, como su bravura y su clemencia, al igual que el General Carrera, con los enemigos se hacía respetar. En uno de esos encuentros en la pampa en que la sangre y la ira cegaban todos los ánimos, trajeron a su presencia un oficial rendido y enteramente desnudo. ¿Quién es ese hombre? preguntó Benavente. ¡Soy el coronel Conde! Contesto el prisionero. ¡Ah infame! le replicó el veterano lanzándose sobre él ¡sois entonces el pérfido acusador de mi padre! pero volviendo el rostro y la brida, añadió en el acto, calmado y generoso: “Den a este hombre mi caballo y mi ropa, y que se le deje escapar, porque si lo vuelvo a ver no podré, tal vez, dominar mi justa saña”.

Tal había sido el héroe de San Nicolás.

Condujo en toda aciaga jornada como un experto jefe, logrando asilar su división sorprendida en el recinto del pueblo, y pelea después como un bravo y prudente comandante hasta que llegó el instante en que, exonerado de toda responsabilidad de superior, le quedo solo el rol de los héroes.

Bibliografía:

- *Ostracismo de Los Carrera* - B. Vicuña Mackenna. 1857
- *Carrera en el Exilio* - Eulogio Rojas Mery. 1952
- *Biografía de José Miguel Carrera* - Tomás de Iriarte. 1863
- *Revolucionario en el Río de La Plata* - Beatriz Bragioni. 2010

30 de septiembre de 1812: SARAO DEL GENERAL JOSÉ MIGUEL CARRERA

Marta Saavedra Lavín

Directora Instituto José Miguel Carrera

Un Sarao sin precedente es la celebración de la Primera Junta de Gobierno, que no se celebró el 18 de septiembre, sino el 30 de septiembre del año siguiente. La primera Bandera Nacional de Chile flameo en el frontón del Palacio de Gobierno, siendo recibida con 21 cañonazos. Antes había sido enarbolada el 4 de julio de 1812, en la ciudad de El Monte, por Javiera Carrera.

A las 10 de la mañana, una misa solemne y Te Deum en la Catedral, con la asistencia de la Junta en pleno, altos dignatarios y conspicuos habitantes de Santiago. Para dicho acontecimiento se celebraría un Sarao en la Casa de Moneda, que ostentó un arreglo nunca visto, flores, luces, banderolas, vibrantes inscripciones revolucionarias de Libertad, todo lo imaginado, hecho realidad por la incansable doña Francisca Javiera que trabajó sin descanso, para tan fausto acontecimiento.

Tres grandes salones esperaban a los invitados. El primero, destinado al baile, tenía 45 metros de largo. El segundo salón con una mesa en forma de medialuna para los refrescos, dulces, licores varios y frutas, los conventos de monjas habían derramado sus aromáticos primores, en el centro de la mesa se alzaba una gigantesca estatua de caramelos y pasta de almendras, una alegoría al primer Escudo de Armas de la Patria. En bandejas de plata se amontonaban diversas figuras de dulces, palomitas, golondrinas en sus nidos, pequeñas frutas de diversos colores de tonos suaves, compoteras con mazapanes en forma de corazones, huevos chimbos, alfajores, naranjitas capuchinas confitadas, atravesadas con banderitas chilenas de azul, blanco y amarillo; y por doquier gelatinas confitadas, temblorosas que exhibían a través de su transparencia, flores como violetas, pensamientos, pétalos de rosas y nomeolvides. Las tortas que adornaban las mesas tenían tarjetones alusivos a la Patria, se destacaba: ¡Viva Chile Libre! las frutas de los huertos dejaban una ráfaga perfumada que se confundían con un dejo de incienso y las velas perfumadas

impregnaban sus aromas a los muebles y a las cortinas. En las jarras de cristal estaban las alojas de miel, culén, menta, licores de apio, naranjadas y exquisitos vinos de la zona. El tercer salón, dedicado a la Cena de Gala, en el centro, en una espléndida mesa con pavos rellenos, perdices escabechadas, aves cocidas. lechones, arrollados y carne asada. adornado todo con moños de perejil y cilandro. En la noche los salones fueron iluminados con más de cuatrocientos velones de sebo en candelabros y velas en las arañas de bronce y lágrimas de cristal, suspendidas con cadenas en el centro de los salones, las velas al derretirse, aunque protegidas con candilejas, dejan caer gotas de cera.

Mullidas alfombras. cómodos sillones dorados y sillas, finos cortinajes de brocato rojo, grandes espejos con marcos finamente tallados con figuras y enredaderas con flores en relieve, todos dorados al fuego, reflejaban la magnificencia del Sarao.

Doña Javiera Carrera que es la Dama Anfitriona, viste muy elegante, con un traje de medio paso, estilo imperio, en brocato color celeste, luciendo en su cabeza, ostenta una simbólica guirnalda de perlas y diamantes, de la que prende una corona invertida, en menoscabo de la corona española. En este estilo de fiestas es indispensable la presencia del “Bastonero “ quién, además de anunciar en voz alta a las personas que van llegando con sus títulos, cargos o familias destacadas, dirige el baile con riguroso orden de jerarquía, ya, que, cualquier error en la etiqueta, se tomaba como un grave agravio.

Don José Miguel Carrera con su traje de gala de Húsar y su hermano Luis Florentino capitán de Artillería, junto con doña Javiera, reciben a los invitados. Dn. Juan José no acude a este Sarao, y es una preocupación para sus hermanos.

Desde las ocho de la mañana replican las campanas en las iglesias. Al atardecer, junto con los acordes de

la orquesta empiezan a llegar los invitados en briosos corceles, estribos articulados, calezas tapizadas con ricos rasos y caballos con arneses de plata.

El primer invitado en llegar es el coronel Dn. Diego Antonio de la Fontecilla de la Texera, del brazo de su esposa Dña. Rosa Fernández de Valdivieso, delante de ellos va la jovencita Mercedes Fontecilla Valdivieso. Dn. José Miguel, los recibe con fina cortesía.

El Bastonero no cesa de anunciar a los ilustres invitados con trajes de variados estilos, casacas entalladas, orladas con oro y plata, de variados colores en finas telas, chaleco con botones de oro y plata tallados con sus escudos de armas, en el cuello de la camisa lucían una gruesa cinta blanca anudada, pantalones enfundados en finas botas de cuero, zapatos de tacón ancho con una gran hebilla de oro o plata, sus cabelleras o pelucas lucen empolvadas. Sus damas lucen a la moda de varios estilos, imperio, medio paso, predominando el versallesco, en telas riquísimas, brocados, tafetanes y rasos, entallados corpiños escotados, en que lucían collares de perlas, blusas de seda, con ruedo, cuello y mangas bordados, túnicas sobrepuestas de amplio ruedo. los colores usados eran de suaves tonos, lilas, rosa, celestes, oro y blanco. Echarpes de encaje que resaltaban la figura femenina, y preciosos abanicos pintados con mangos de marfil.

En la orquesta de siete integrantes, se destacaban los violines, el piano que había prestado para esa significativa conmemoración la distinguida dama, doña Josefa Guzmán de Larraín, la cual era dueña de uno de los dos pianos que estaban en Santiago. en 1812.

Inicia el baile, don Dn. José Miguel Carrera que había elegido; con el permiso de sus padres; a la Srta. Mer-

cedes Fontecilla, de admirable belleza, elegancia y distinción, bailando un Minué de Salón, baile de nobleza, elegante y honesto en el cual el caballero toma de la mano a la dama e inicia un paseo y a medida que la música acelera su acorde, se baila conjuntamente con pasos de vals vienés, al final una reverencia del caballero hacia la dama.

Continúan los invitados bailando la contradanza, el *cuándo* y la *resfalosa*.

El entusiasmo crece por momentos, algunos monárquicos; que habían sido invitados; observan la alegría de los patriotas, haciendo algunos comentarios sobre la celebración.

En un momento de la noche, se pide silencio para que un joven cantante, tenor, de apellido La Sala, acompañado al piano, canta unos hermosos versos, que fueron compuesto para esa ocasión, por Dn. Bernardo de Vera y Pintado, los aplausos y los vivas son prolongados y emocionantes y entre copiosos brindis el joven La Sala es calurosamente felicitado y se le pide repetir varias veces su canto patriótico.

El Sarao duró hasta la siete de la mañana del día siguiente.

Mientras se celebraba el Sarao en la Casa de Moneda, el pueblo se reunió alrededor de ésta, en improvisadas ramadas y chinganas, celebrando con asados, aguardiente, chacolí y ricos mostos, con igual algarabía, entusiasmo y patriotismo.

Bibliografía:

- “*Javiera Carrera*” de Isabel Carrera de Ried.
- “*Gran Sarao*” Facebook.com / José Miguel Carrera Historias Desconocidas y Ocultas.



- Entre los expendedores de licor, durante la colonia, fue famoso don Pedro del Villar, caballero cubano que tenía sus casas y sus bodegas en la calle de Las Agustinas y que fue dueño de varias propiedades rurales, siendo la más considerable el llamado “Llano de Lo Espejo”. De sus bodegas se surtían casi todos los comerciantes de licores al menudeo y fue allí de donde salió el primer caldo de uva bautizado con el nombre de chicha.

ACTIVIDADES DEL INSTITUTO



30 de junio: El Museo de Historia Militar y la Fundación Luz realizaron la exposición Haptica, Arte con Sentido. Asistió en representación del Instituto la presidenta honoraria señora Ana María Ried Undurraga.

21 de julio: El Instituto Histórico Aero-náutico conmemoró el 135° aniversario del natalicio del piloto don Jorge Chávez Dartnell. Asistieron a la ceremonia en representación del Instituto la directora señora Marta Saavedra y el director honorario don Octavio Campu-sano.



9 de julio: Juramento a la Bandera. El Comandante en Jefe del Ejército General Javier Iturriaga invitó al presidente don José Miguel Alcalde, a la Ceremonia de conmemoración del “Juramento a la Bandera”, ocasión donde prestaron juramento oficiales, suboficiales y soldados conscriptos de la Guarnición de Santiago. La ceremonia se realizó en el Templo Votivo de Maipú.

La palabra chicha viene del latín *cicer* y en Italia se conocía como *ciccia*, pasando al español como chicha. Por consiguiente, si bien no fue su inventor, don Pedro del Villar introdujo la chicha a Chile.

En tiempos de la Colonia solo se conocía el licor de maíz fermentado, que los españoles llamaron chicha de maíz, hasta que llegó la de uva.

- El término “anda cufifo”, que hace referencia al individuo que se encuentra con algún grado de embriaguez, viene del aymará, donde se llama *kufa* la chicha de maíz con que todos los indios de América de emborrachaban.

(Extraído de “Letras Chilenas”, J. Abel Rosales. Publicado el 16 de julio de 1947, Santiago. Talleres de la Imprenta Chile).



7 de agosto: Con motivo del aniversario de la 9a. Compañía de Bomberos de Maipú “Bomba José Miguel Carrera”, la directora señora Marta Saavedra y el director honorario don Octavio Campusano hicieron entrega de una bandera de la Patria Vieja en nombre del Instituto al director de la Compañía don Jorge Barrios.

10 de agosto: El Instituto de Investigaciones Históricas José Miguel Carrera ha realizado la elección de directorio el cual tendrá una duración de 3 años. Agradecemos a todos nuestros socios por su participación en este proceso.

En la foto, el nuevo directorio es acompañado por su presidenta honoraria, la señora Ana María Ried:



- Presidente: José Miguel Alcalde Undurraga
- Primer Vicepresidente: José Ernesto Soza Ried
- Segundo Vicepresidente: Mario Correa Bascañán
- Secretario: Domingo Viviani Goycoolea
- Prosecretario José Miguel Carrasco Silva
- Tesorero: Jorge Ubilla Zúñiga
- Protesorera: Marta Saavedra Lavín
- Director: Alberto de la Carrera Díaz
- Director: Juan Felipe Soto Barría
- Director: Felipe Serrano Solar
- Director: Juan Carlos Arellano Yévenes
- Director: Patricio Fuenzalida Araya
- Director: Húsar Rodrigo Soza Restrepo

